

ENRIQUE GÓMEZ MEDINA

KINEGEA - LIBRO 1

LOS MAPAS
DE
KINEGEA



*No hay nada inmutable
salvo el cambio.*

Heráclito de Éfeso

Prefacio

Estás a punto de entrar en Kinegea, un lugar muy diferente al mundo que conoces. Observarás que en él se utilizan una serie de términos propios, ya sea porque se refieren a seres que no existen en la Tierra o por una distinta evolución del lenguaje en ambos universos. Al final del libro encontrarás un glosario en el que se explican la mayoría de ellos. Espero que te sirva de orientación. Como verás, la orientación tiene un papel muy importante en esta historia...

¿Preparado para poner un pie en Kinegea?

Un nuevo principio

–¡Abuelo Zideon, abuelo Zideon!

El hombre, que estaba a punto de sumirse en una plácida siesta con la espalda apoyada en su árbol favorito y el sol de la tarde acariciándole el rostro, abrió un ojo. Intentó contestar, pero sus cinco nietos, revoloteando a su alrededor como polillas en torno a una lámpara, no le dejaron.

–¡Cuéntanos otra vez la historia de tu viaje a la Pirámide! Kava dice que sufristeis solo dos cataclismos. ¿A que fueron por lo menos cuatro? –dijo la pequeña Hymy, mirando desafiante a su hermana.

–¡Otra vez? –contestó rezongando Zideon, o Zid, como le llamaban todos menos sus nietos– *Creo que deberíais estar más atentos cuando os la cuento.*

–¡Es que Kava no nos deja escuchar, no para de interrumpir! –continuó Hymy.

–¡Eso no es cierto! Solo hago preguntas. Para enterarme bien.

–¿Entonces por qué no sabes cuántos cataclismos fueron? Mira, estuvo el del principio; luego el de la selva...

–¡Te has saltado el del mar! –intervino Marwoh.

–Y el del desierto –apuntó Geomwee.

–A mí me dan igual los cataclismos –dijo Ingeia, la mayor–. *Cuenta solo la historia de amor.*

–¡Puaj! –contestó Marwoh– *Yo quiero oír las batallas entre los Numendi y los Koosi.*

–Chicos, chicos... –interrumpió el abuelo Zideon levantando los brazos para hacerse escuchar. Suspiró y, paseando su vista por las cinco caritas que le observaban ansiosas, sonrió– *Si me traéis mi pipa, os contaré de nuevo la historia.*

–Abuelo –dijo la pequeña Hymy, mirando al resto–, *¿no recuerdas que ya no fumas?*

Zid se quedó observando a su nieta. Era cierto. Había dejado de fumar hacía tiempo y, sin embargo, todavía echaba de menos el tacto de la cachimba de madera entre sus manos, y expulsar humo como una chimenea, rodeándose de una nube mientras hablaba.

–Bueno –dijo al fin–, *entonces poneos cómodos. Ya sabéis que la historia no es corta.*

–¡Bien! –exclamaron los cinco niños, buscando acomodo en la mullida hierba alrededor del árbol.

El abuelo Zideon recorrió con la mirada sus caras ansiosas antes de empezar a hablar:

–*Ya sabéis que yo, como mi padre y el padre de mi padre, era cartógrafo.*

–Ánimo, Agudo –murmuré, mirando mi muñeca–. Ya queda poco.

Según el calendario de Järkko, el cataclismo debía encontrarse muy próximo. Era por eso que los vuelos de reconocimiento eran continuos y los azores apenas descansaban durante unas décimas de la noche, y por turnos. Agudo protestaba cada vez que le indicaba un cambio de dirección, así que decidí mantenerle trazando círculos amplios para los que apenas tenía que mover ligeramente las plumas del extremo de sus alas.

Llevaba mucho rato observando el paisaje alrededor. Buscando *signos*. Esa era mi misión. Y la de todo cartógrafo.

Días atrás uno de los maestros había avistado una bandada de *cigas* en formación en V. Eso, según me había explicado mi padre cuando apenas había aprendido a caminar, indicaba

un cambio estacional grave, y la dirección probable hacia la que se dirigía el aire cálido. Gracias a Aranna, las cigas iban en formación; si hubieran volado en desorden, dejando atrás a las más débiles, significaría que el cataclismo era inminente.

El Consejo había decidido comenzar los preparativos para una nueva migración. Pero ¿hacia dónde? Ahí es donde entrábamos nosotros, los cartógrafos. Seguir ciegamente a las cigas, que necesitaban muy poca agua, podía llevarnos a internarnos en el desierto. Un hundimiento del terreno, en cambio, podía hacer que mi pueblo se encontrase de la noche a la mañana en mitad del océano. Si es que el oleaje no nos arrasaba por completo. O si una grieta no nos tragaba y nos mandaba a las tripas de Kinegea el mismo día del cataclismo.

Es por eso que mi gremio era respetado. De nosotros dependía la vida de cada una de las personas que, como minúsculos puntitos, veía allá abajo, en el suelo. Nuestra labor era anticipar los cataclismos y guiar a nuestro pueblo hacia los lugares más seguros entre uno y otro, interpretando los signos de la tierra. Los que detectábamos desde las alturas, volando en nuestros azores. Decían que en el pasado nos habíamos dedicado también a dibujar mapas. Ya no. ¿Para qué? Los cataclismos se habían acelerado de tal modo que apenas había tiempo para trazarlos, y mucho menos para utilizarlos.

Volví a mirar mi muñeca. El cielo estaba tapado con nubes de ceniza, que habían comenzado a brotar de la montaña rota; ninguno de los dos soles de Kinegea conseguía asomar, y parecía mucho más tarde de lo que era en realidad.

—Aún queda tiempo para otra vuelta.

Busqué con la vista a mi compañero de turno, Loi. El volar por parejas daba tranquilidad, sin duda, pero si te tocaba hacerlo con Loi no resultaba nada divertido. Los dos habíamos entrado en el gremio el mismo día, y desde entonces no habíamos dejado de competir. Él era mejor que yo en Vuelo, era capaz de realizar con su azor las maniobras más arriesgadas, que habrían desmontado a cualquier otro jinete. En cambio, yo era superior en Ciencia; siempre era el primero en contestar las cuestiones que nos planteaban los maestros y, si alguna vez se adelantaba Loi, normalmente era con alguna respuesta apresurada y errónea. Sin embargo, la diferencia, lo que de verdad marcaba si un cartógrafo merecía serlo o no, eran los avistamientos. El encontrar una pista que salvara a tu pueblo durante toda una estación. Por eso Loi no cesaba de espolear a su pobre azor.

Limpié de nuevo los cristalitos de hielo que se habían formado en la lente de mi catalejo. A los aprendices nos tocaban los peores turnos, y a aquella altura el frío era afilado como una hoja de piedra negra. Si no fuese por las gruesas prendas de piel de *cabrio*, me habría convertido en un témpano hacía rato. Los dedos me dolían, pero habría dado con gusto uno de ellos con tal de ser el primero en hacer un avistamiento.

Es por eso que, cuando un rayo del segundo sol logró atravesar las nubes y su reflejo en algún lugar de las montañas me cegó por un instante, estuve a punto de caer de mi montura, de la emoción.

—¿Estás seguro, Zid? —preguntó Kendor, mi padre, apretándome fuertemente el hombro. Yo sabía la trascendencia de esa pregunta. Los Numendi no tenían cartógrafos incompetentes, por una sencilla razón: la pena para un error importante era el destierro. Con el rabillo del ojo vi a Loi apretar los puños de rabia. Estaba seguro de que deseaba con todas sus fuerzas que yo estuviese equivocado.

—Vi un destello. ¿Qué otra cosa puede significar? —respondí al fin.

Mi padre asintió y, girándose para mirar desafiante al grupo de maestros, habló.

–Agua. Y en terreno elevado. Ese es el lugar.

–Acaba de llegar una expedición de aquella región –intervino uno de ellos–, y no ha visto nada. Si lo que ha visto tu hijo no ha sido un reflejo sobre el hielo del cristal de su propio catalejo, puede ser una simple placa de cuarzo en la roca de la montaña.

–O puede que se haya agrandado una grieta y haya filtrado aguas subterráneas –respondió Kendor–. O puede ser nieve. No es rara una precipitación brusca en esta época.

Los maestros guardaron silencio. Sabían que Kendor estaba en lo cierto, en Kinegea los cambios de paisaje sucedían de un día para otro. Pero eso no significaba, por mucho que en este ciclo hubiese sido elegido Jefe de Cartógrafos, que esta vez tuviera razón.

–Podemos mandar otra expedición –intervino una maestra de las más jóvenes.

–No hay tiempo para otra expedición– respondió mi padre–. Los azores están agotados, tardaríamos días, y los Koosi también están preparándose. Si lo han visto y parten antes que nosotros, estamos perdidos.

–¡Yo digo que partamos! –intervino con una especie de graznido Visu, el viejo maestro, poniéndose en pie y volviendo a sentarse al instante– Mis rodillas me están matando; eso es que en breve habrá agua, demasiada agua, por aquí.

Visu era el más anciano de todos los maestros. De hecho, según los registros, debería haber muerto hacía mucho. No se podían discutir sus conocimientos pero, de un tiempo a esta parte, sus desvaríos habían hecho que su opinión no tuviese el peso de antaño. Incluso solía inclinar la balanza en la dirección contraria.

El revuelo no se hizo esperar. Maestros y aprendices expresaban su opinión en voz alta y sin ningún orden. Brenn, el amigo de Kendor, aprovechó para llevárselo aparte.

–Kendor, sabes que los jóvenes fantasean mucho, están deseando destacar. Si no, acuérdate de nosotros.

Kendor, resoplando, asintió. Cómo iba a olvidar el día en que estuvieron a punto de provocar una migración porque habían creído ver fumarolas, cuando solo habían sido unos jirones de niebla en el lecho de un río. En aquel entonces, afortunadamente, Visu les había hecho entrar en razón. Kendor se quedó pensativo y, como si los demás detectaran sus dudas, las voces se alzaron más aún.

Yo seguía de pie, en medio del semicírculo de cartógrafos, algo intimidado por la reacción que había provocado. Solo se hizo el silencio cuando el anciano Visu se levantó de su asiento de bambú, se acercó a mí con dificultad y, apoyándose en mi hombro, se dirigió a mí.

–¿Estás enamorado, chico?

–¿Qué? ¡No! –respondí al instante, mirándole como si estuviera loco. Cosa que era muy probable.

–Entonces ¿para qué iba a presumir? –dijo Visu levantando mucho la voz y dirigiéndose a todo el auditorio– ¡Yo digo que partamos!

Menah, otra jinete de azor, apenas mayor que yo pero que ya se había ganado el respeto de todos por su vista excepcional y su pericia con el arco, se acercó a mí en silencio y me chocó el puño. El resto de mis compañeros, salvo Loi, la imitó.

–Adelante, pues –dijo la Líder, sin un ápice de duda en su voz–. General Tum, lance el operativo. ¿Hacia dónde deberíamos enviar el señuelo, Kendor?

Bajo la atenta mirada de los Dirigentes, Kendor observó el paisaje desde la colina en la que se encontraban y señaló hacia la planicie a los pies de las montañas.

–Si los Koosi tienen agua suficiente –dijo–, estarán conformes y no darán problemas.

–Si ese valle no queda sumergido –intervino Dïako, el Maestro de la Orden de la Luz.

Kendor se encogió de hombros. Dïako era experto en plantear problemas, más que en resolverlos. Sobre todo si era Kendor el que hacía la propuesta. Había una vieja rivalidad entre ellos, de la que nadie conocía el origen, pero que solía hacer muy agrios los debates de los Dirigentes. Estos eran elegidos cada ciclo por medio de pruebas de Liderazgo, Argumentación, Ética, Altruismo y Decisión. Kendor se preguntaba cómo demonios conseguía Dïako su lugar entre ellos ciclo tras ciclo.

–El que los Koosi queden sepultados bajo un océano no me preocupa –contestó Kendor–. Salvar a los Numendi, sí. A no ser que tú tengas una propuesta mejor, Dïako.

Este permaneció en silencio, y todas las miradas se posaron en la Líder.

–General, ya lo ha escuchado –dijo ella–. Diríjase con sus hombres a tomar la posición.

El general Tum, que apenas había cumplido veinte ciclos y, sin embargo, ya era todo un veterano, asintió.

–Daré la orden. El comando de ocupación partirá de inmediato.

–Que la Luz esté en ti –dijo la Líder, acercando la palma de su mano a la piedra con el signo Numendi que Tum lucía en su frente. Este se inclinó, agradecido.

Sin añadir ni una palabra, se dio la vuelta y se retiró a grandes zancadas. Los nueve Dirigentes se quedaron observándole mientras se alejaba. Allí iba su esperanza para sobrevivir una estación más.

Los pastores azuzaron a los *caprines* dando voces y golpeándoles en los cuartos traseros con sus largas varas. Cada uno de los animales arrastraba una escoba de ramas que levantaba una tremenda polvareda. Desde la altura de una flecha, los cartógrafos Koosi no podrían distinguir bien lo que estaba ocurriendo allí abajo. Pero, sin duda, darían la alarma inmediatamente.

Mientras tanto, el resto de los Numendi empaquetaba sus escasas pertenencias a toda velocidad. Estaban más que entrenados. Desmontaban con destreza sus tiendas de bambú y pieles de *cervo*, y las ataban a unas rastras junto con las ollas y escasos objetos metálicos de que disponían. Los más pudientes tenían cabrios de tiro; los demás las llevaban a mano. Solo usaban ruedas algunas carretas de los discípulos de la Orden de la Luz. Las necesitaban para portar los pesados artefactos de metal con los que fabricaban los *lúmares*. Las enormes estructuras, que llevaban esculpido en lo alto el rostro del dios Latt, eran tan valiosas que nunca había alrededor menos de una docena de devotos de primer grado, armados hasta los dientes.

Yo me quedé observándolos embobado cuando pasaron cerca de mí. Con sus túnicas oscuras, sus máscaras y, sobre todo, sus armas milagrosas: espadas incandescentes, escudos de aire, ballestas–volcán... Solo había visto una vez una espada incandescente en acción, y fue increíble. El cataclismo había arrojado una gran roca en mitad del camino, que impedía el paso de las carretas. Uno de los devotos desenvainó su espada, pronunció las palabras y, de pronto, la hoja se iluminó hasta alcanzar un resplandor que cegaba. Se aproximó a la roca y, sin ningún esfuerzo, la partió en dos.

Mi madre, Vind, me dio un codazo, y yo me apresuré a agachar la cabeza y extender las manos hacia delante, como si las estuviera calentando en una lumbre. Esa era la señal de respeto a Latt, el dios de la luz.

–Seguro que ni te acuerdas de las oraciones –me reprochó Vind.

No era del todo culpa mía. Los cartógrafos éramos de los pocos que disponíamos de relojes fiables; formaban parte de nuestras herramientas de trabajo. El resto tenía que conformarse con medir el tiempo mediante rezos: diez salmos era lo que tardaba un huevo de *galliia* en cocer. La masa de *hvelta* tardaba ocho salmos, los tubérculos, quince. Para periodos más largos, tenían el *salmorion*, un collar largo con seis manos de cuentas gruesas que les permitía no perderse en los rezos. La gente se había acostumbrado a hacerlo mientras realizaba otras tareas. Así, sin reparar en ello, las enseñanzas de la Orden iban quedando grabadas en su cabeza como los surcos de un arado en la tierra, por más dura que esta fuese.

Carraspeé un poco y entoné la melodía probablemente más antigua de los Numendi. Al menos la más vieja que yo conocía.

–*Luz del cielo y del vientre de la tierra, luz de las estrellas y del fuego del hogar. Latt, tú eres su dueño. Latt, tú eres mi dueño. Tráenos lo bueno. Que Aranna te dé fuerzas para vencer a Rushnu, y, ahora y siempre, tráenos lo bueno.*

–Cantas como una *galliia* –rio mi madre–. Con esa voz cómo te va a traer Latt nada bueno; te mandará un rayo, para que te calles. Y no es Rushnu, es Ruzdu. Ruzdu es el dios de las sombras, Rushnu es solo el guardián de la pirámide.

–Rushnu, Ruzdu... Qué más da.

Vind, con una expresión de horror y diversión a un tiempo, trazó en el aire el signo de protección.

–Como te oigan los devotos... –dijo señalando la carreta que ya se alejaba. Yo lancé una mirada temerosa hacia el lugar por donde habían desaparecido; afortunadamente, ya estaban lejos– ¿Es que ya no te acuerdas de nada? ¿Ni siquiera de las historias que te contaba de pequeño antes de dormir? La de Rushnu y el reino del mar, la de Rushnu y las cuatro hermanas...

Yo, tan solo para que me dejara tranquilo y no empezara a contármelas desde el “Érase una vez...”, recuperé un fragmento de algún rincón de mi memoria y lo conté como si fuera obvio.

–¿La hermana guapa y presumida, la rica y egoísta, la perezosa y la buena, la que finalmente se casó con Rushnu y le llevó por el camino recto?

–¡Eso es! La primera le enseñó que la belleza es una moneda que pierde valor con el tiempo, la segunda que la riqueza puede ser una carga muy pesada, la tercera, que si no andas ligero te perderás todo lo bueno de la vida y la cuarta, que lo único que siempre te llevará a buen fin es la humildad y la nobleza de tu corazón.

Yo permanecí pensativo unos instantes.

–¿Qué dirían sus vecinos, si Rushnu anduvo cortejando a las cuatro hermanas, una detrás de otra? ¡Menuda pieza!

Mi madre miró al cielo y resopló, impotente.

–¡Vamos, espabila! Tenemos que partir. No querrás ser el último en llegar a la nueva tierra.

Di un salto. Por supuesto que no; sobre todo esa vez, que la había descubierto yo. Mi padre siempre me había advertido contra la arrogancia, especialmente cuando me admitieron en el gremio, me entregaron el calendario circular que llevaba al cuello y, sobre todo, cuando me vistieron con aquella ropa de piel ajustada distintiva de los jinetes de azor y que me quedaba tan bien, y las chicas empezaron a mirarme de otra forma. Pero aquello era demasiado para

soportarlo: *yo* había descubierto el nuevo destino de mi pueblo. Me habían entregado mi primera insignia de avistamiento y la lucía orgulloso en el pecho. Laa había abierto mucho los ojos cuando la vio, y se apresuró a acercarse a hablar conmigo delante de sus amigas, marcando el territorio. Imposible no sentirme henchido como un *columbo*.

–¿No tienes que volar? –preguntó mi madre, mientras terminaba de atar el equipaje.

Durante la migración, los cartógrafos tenían doble tarea: por un lado, guiar a su pueblo por las rutas más rápidas. Por otro, evitar que los azores Koosi se acercaran demasiado. Para eso tenía mi arco. A veces había algún intercambio de flechas de advertencia, pero rara vez salía alguien herido. No en esta fase.

Yo miré el cronómetro de mi muñeca.

–Aún no. Me toca andar hasta la siguiente parada.

Siempre me había preguntado por qué los jinetes teníamos que ir andando como los demás, mientras los azores eran portados a hombros en sus jaulas cómodas como lechos de plumas. Mi padre me explicó que las enormes aves no servían para recorrer distancias largas; se agotaban rápido y necesitaban muchas décimas de día para recuperarse. Y eran demasiado valiosas.

Sin embargo, esa vez no protesté. Negras nubes se estaban cerrando sobre nuestras cabezas, y olía a tormenta, no tardaría mucho en descargar. ¿Habéis volado alguna vez en un azor durante una tormenta? No es solo el volar empapado, con el frío calándote hasta los huesos y los ojos nublados por la lluvia. Son los rayos. Los ves pasar a tu lado, destellando y rasgando el aire, dejándote ciego y sordo durante un salmo. Sin saber si el próximo te acertará a ti.

A ningún jinete de azor le gustan las tormentas. Pero yo les tenía especial temor. No sabía por qué; el caso es que, desde que tenía memoria, la mayoría de mis pesadillas consistían en que un rayo me partía en dos.

En ese momento un trueno retumbó en las alturas. Yo me encogí y cerré los ojos. El corazón me había dado un brinco en el pecho y ahora latía desbocado. Siempre ocurría igual. Me quedaba paralizado por unos instantes, sin poder hacer nada, por mucho que intentara repetirme a mí mismo que no ocurría nada, que era solo ruido.

Entonces, antes de que me diera tiempo a abrir los ojos de nuevo, sentí el abrazo de mi madre. Tenía una técnica especial; rodeaba mi cabeza con sus brazos mientras sus manos tapaban mis oídos. Me llegaba su olor, y el ritmo de su respiración, acompañada con la mía. Y, para terminar de tapar el ruido de los truenos, se ponía a tararear una canción. Una vieja canción de cuna. Eso me tranquilizaba al instante.

–¿Sabes? –me llegó su voz– Yo antes también tenía miedo a las tormentas. Se me pasó cuando naciste tú. Supongo que basta con tener alguien a quien cuidar.

Asentí y seguí meciéndome, confortado, hasta que fui consciente de dónde estaba. Entonces me aparté bruscamente. Si Loi se enterase de aquello, no habría parado de reírse de mí delante de todos. Y si lo viera Laa...

Me erguí, como si nada hubiera pasado, y dirigí la mirada hacia el horizonte. Intentando ignorar los destellos que iluminaban el firmamento, evalué la distancia que nos separaba de la primera parada que habían designado los maestros. Era una pequeña elevación del terreno, que apenas asomaba entre la polvareda formada por los caprines. Tendríamos que soportarla en nuestros pulmones hasta que llegara la noche; entonces los rebaños tomarían una ruta y el resto del pueblo, otra. Caminaríamos sin descanso hasta el amanecer, y después el señuelo aún distraería a los cartógrafos Koosi por un rato. Cuando quisieran darse cuenta, ya les llevaríamos una ventaja considerable. Y, con un poco de suerte, los comandos de ocupación ya se habrían

hecho fuertes en el nuevo emplazamiento. Siempre que no se pusiera a llover y todo el plan se fuera al diablo.

–Corre –dijo mi madre, tendiéndome un par de piedras de agua y sacándome de mis pensamientos–. Pásate por la tienda de abastos, estarán desmontando aún. Trae diez pasos largos de cuerda, andamos escasos. Y una tira de carne de cervo seca, que la caminata os dará hambre.

–Noooo... ¡No me da tiempo! Como no esté allí antes de que carguen con los azores, Brenn me mandará azotar.

–Brenn no ha azotado a nadie en su vida. Pero yo sí. Así que date prisa.

Mi madre era así. Cariñosa como una gata lamiendo a sus cachorros y autoritaria como un general, según el momento.

Cogí las piedras de agua y me apresuré a atravesar el campamento hasta la tienda de abastos. Por suerte, aunque yo no cesaba de mirar al cielo, la tormenta parecía alejarse; no habría soportado que me diera uno de mis ataques de pánico delante de todo el pueblo.

Pasé entre el corro de Conseguidores y el de Ganaderos, distinguibles aún por los dibujos de sus tiendas a medio desmontar. Me desvié un poco para acercarme al de Artesanos, por si podía ver a Laa, aunque fuese de lejos; pero me fue imposible, tal era el barullo que había en aquella zona. Los artesanos tenían que transportar enseres muy pesados: hornos, tornos y telares, herramientas, y enormes bultos de materia prima, desde lana de cabrio a tablones de buen *eiko*. Muchos tenían cabrios de tiro, y los animales se sacudían y pateaban nerviosos, presintiendo lo que se avecinaba. Así que me tuve que contentar con echar una ojeada rápida y continuar mi camino.

Al fin llegué a la tienda de abastos. No era el único que había tenido la idea de hacer unas últimas compras antes de la partida y, aunque la esposa de Lörst y tres de sus hijos estaban atendiendo, todavía quedaban varios Numendi delante de mí. Miré el cronómetro, ansioso. Quedaba menos de un salmorion, y los azores estaban en la otra punta del poblado.

–Medio saco de hvelta. ¡Ah! Y un odre, el que tengo pierde, y solo Aranna sabe cuándo volveremos a ver un buen arroyo.

–Un odre. Aquí tienes. Serían cuatro piedras. ¿Seguro que no necesitas unas botas?

–Tendrán que aguantar, he hecho demasiados gastos esta estación. Apúntalo en mi cuenta, por favor. Te pagaré en caprines, tengo dos a punto de parir.

–Melte... cuatro piedras... O un caprín, como veas.

“Sombra de Ruzdu, ¿por qué tardan tanto? Y ¿dónde está Lörst? Él habla menos”, pensaba, cuando le vi llegar. El hombre, entrado en carnes, venía resoplando, con un cuerno en la mano. Había estado guardando el fuego. Era uno de los servicios que ofrecía la tienda de abastos. Yo nunca había encendido un fuego, aunque había visto hacerlo infinidad de veces a mi madre, y sabía lo que costaba. Era mucho más sencillo tomar una tea de las hogueras casi perennemente encendidas de la tienda de abastos. Y era gratis.

–¿Quién va? –preguntó Lörst. Era mi turno.

–¡Yo! Diez pasos de cuerda y una tira de carne de cervo.

–Cuerda. Diez pasos... Uno... dos... –iba recitando mientras desenrollaba la madeja y la medía entre dos marcas que tenía en el mostrador a tal efecto– ¿Cómo se presenta la marcha, Zid? ¿Será muy larga esta vez?

–No mucho –respondí brevemente. El destino exacto de las migraciones era información secreta, solo los Dirigentes y los cartógrafos lo conocíamos. Los Koosi tenían espías por todas partes.

–Ajá –dijo el tendero, mientras me entregaba las mercancías–. Serán dos piedras.

Yo se las tendí, tan apresuradamente que una se me cayó al suelo. Maldije mientras me agachaba a por ella, y salí corriendo sin despedirme cuando se la hube dado.

–Corre, chico –murmuró Lörst, mirando al cielo–. Esto me huele mal.

Atravesé de vuelta el campamento a la velocidad de un azor en picado. Llegué jadeando al lugar donde había dejado a mi madre, que ya había terminado de recoger nuestros enseres.

–Me voy, madre. Ahora sí que llego tarde.

Ella me sujetó del brazo.

–Un momento, entonces. Dame la mano.

Yo resoplé, pero le hice caso. Sabía que no tenía escapatoria. De aquello, no.

–*Gracias por un día más* –murmuró Vind–. *Gracias porque todo es como ayer. Gracias por dejarme ver los rostros de los míos. Dame, Aranna, fuerzas para llegar al destino, y después dame paz hasta el día en que alcancemos la Pirámide.*

Yo me sonreí. La Pirámide. Sin duda, el objeto más nombrado en las oraciones de la Luz. Según ellas, contenía un poder capaz de vencer a mil ejércitos, y de sanar a todos los enfermos. Incluso de resucitar a los muertos. Y, además, en ella reinaba una paz eterna. Quietud. Un clima siempre benigno, cosechas abundantes. El fin de los cataclismos y las migraciones... Anhelos vanos en Kinega. Cuentos de viejas. O de madres.

Entonces, como para darme la razón, se escuchó un terrible crujido y noté un temblor bajo mis pies.

FIN DEL FRAGMENTO

Puedes continuar leyendo en: relinks.me/B08NDR18QR